

ANATOMÍA DEL CUERPO ENAMORADO

Lydia Vázquez

Universidad del País Vasco

Este título, guiño a Robert Burton, anatomista de la melancolía, y a Michel Onfray, filósofo de la erótica solar y teorizador del cuerpo enamorado, me sirve para establecer claramente lo que van a ser los presupuestos de mi intervención.

Y es que ya dicho enunciado puede parecer paradójico en nuestros días. A fuerza de querer conocer y reconocer nuestra sexualidad, anatómicamente hablando, a fuerza de aspirar a liberar nuestras relaciones sexuales del estrecho marco burgués sexista y clasista que supone el matrimonio o, en general, la pareja heterosexual monogámica y estable, ambas aspiraciones legítimas, a fuerza de empeñarnos en ello, como decía, el cuerpo y el amor aparecen hoy como conceptos antagónicos.

En la era del culto al cuerpo, éste ha de ser/estar joven y ha de corresponder a las normas estéticas que rigen nuestros gustos cada vez más uniformados, más globalizados. Ha de ser deportivo, ha de estar sano, ha de tener unas medidas *standard X* que todos conocemos, ha de ser sexi, con las consiguientes y respectivas esclavitudes a la práctica sistemática de deporte, a la dieta equilibrada, a los regímenes cuando no a las alteraciones mediante intervenciones quirúrgicas más o menos traumáticas, al seguimiento de la moda en el vestir, en los peinados... Debemos tener un cuerpo políticamente correcto para ser aceptados por nuestros semejantes y, con mayor razón, para alcanzar la categoría de seductor o de seducible, es decir, para tener relaciones sexuales si no estables, cuando menos mínimamente periódicas.

Ni que decir tiene que la aceptación del cuerpo del otro no se lleva a cabo sino tras un detenido análisis del mismo, que supera con creces la cuasi instantaneidad de la primera vista. En invierno, el examen puede prolongarse en el tiempo lo que tardemos en intimidar con la otra persona. Porque no basta con que seamos altos, ni rubios y de ojos azules o verdes y rasgados, ni con oler a desodorante o ser tan limpios y limpias como las compresas Evax. Las mujeres hemos de tener un pecho de tales dimensiones con tales características (sólo verificables en el momento de la desnudez), unas caderas, es decir un trasero de tales dimensiones con tales características, etc. Los hombres han de hacer gala de cierto grado de musculosidad (sólo verificable, en general, en el momento de la desnudez), de falta de vientre, de abundancia de cabello y en general de vello y, por su-

puesto de unas dimensiones determinadas de cierto miembro que a veces permanece oculto hasta en los momentos de desnudez.

Sólo una vez superado tan arduo examen, pasamos a ser «sexis», es decir, sexualmente deseables.

Si recordáis, el amor comenzaba por la inmediatez, la fulgurancia de un flechazo. El *flash* del flechazo era tal, de hecho, que quien lo experimentaba, poco sabía decir luego de la persona amada. No podía recordar cómo era, para desesperación de amigos y cómplices, que le torturaban con preguntas de detalle a las que era incapaz de responder. Calificativos como: «la más guapa del mundo», «maravilloso», «increíble», «perfecta», «incomparable», «distinto de todos los demás», dejaban al auditorio tan insatisfecho como inseguro de las cualidades físicas de la persona en cuestión.

Así pues, no es de extrañar que cuerpo, tal y como lo entendemos hoy, casi me atrevería a llamarlo *body*, dentro del fenómeno que yo denomino *bodymania*, ese cuerpo y el amor estén disociados hasta el punto de que una amplia mayoría social los considere contradictorios. Uno desea a otro porque desea su cuerpo, con el que quiere unirse sexualmente, en general a la búsqueda de un punto G que nos lleve al multiorgasmo y con él a la victoria de lo que más parece una competición deportiva (me pregunto de hecho si un orgasmo en tales casos no es un placer inferior, por ejemplo, al de ganar una carrera). Y el amor se relega a algo que existía en tiempos de nuestros padres y nuestros abuelos, algo burgués, decimonónico, sustituto púdico de una sexualidad entonces reprimida, y donde el cuerpo ha de servir única y exclusivamente para la procreación, factor que también ha desaparecido de nuestras vidas en el primer mundo.

No nos casamos, no procreamos, podemos vivir una sexualidad libre basada en la estética del cuerpo... así que no nos enamoramos. No tenemos necesidad de ello. Cuando di a leer mi manuscrito de *Amatoria* a jóvenes vascos, hombres y mujeres, de 17 a 25 años, todos coincidían en que el libro era «bonito» pero que ellos nunca se habían enamorado, peor aún, nunca habían dicho «te quiero» a ninguno de sus *partenaires* porque no querían mentir y, lo que es más grave, esperaban seguir así el mayor tiempo posible. El amor, pues, aparece en este siglo XXI de la post-posmodernidad, más que nunca unido a la monogamia, al matrimonio, a la procreación, a algo que uno debe hacer socialmente, pero a lo que, en la medida de lo posible, uno accede lo más tarde posible.

Pues bien, tan urgente me parece la reivindicación del amor, y de que el Amor con mayúsculas no es otra cosa, como diría La Mettrie, el genial autor del *Hombre-máquina*, que la filosofía del cuerpo humano... tan urgente que he escrito un arte de amar, con toda

la humildad, dentro de la tradición ovidiana, *Amatoria*. El amor es un pilar fundamental de la ética, y recordemos que sin ética, fanatismos y religiones vienen a oscurecer, de hecho ya está sucediendo, el panorama social y cultural de la humanidad. Me parece tan urgente que agradezco infinitamente a Sonia la invitación para poder tener una nueva ocasión de reivindicar el amor como liberador y salvador de la humanidad, a la manera de Swedenborg o de Fourier o, en nuestros días, de Michel Onfray. Y de reivindicarlo en toda su materialidad, en toda su corporeidad.

Que el enamorado no recuerde la fisonomía de la persona que le ha producido ese efecto de simpatía súbita, no quiere que ésta carezca de cuerpo, antes al contrario, su magnetismo es fundamentalmente visualizable, audible. Ni que él olvide su dimensión fisiológica, ni mucho menos, pues una de las características del enamoramientos son sus síntomas físicos.

Volviendo a Robert Burton, autor de una gigantesca *Anatomía de la melancolía* publicada en 1621,¹ cuyo objeto de estudio tiene más en común con el amor de lo que vulgarmente se cree, podríamos seguir su magistral análisis de esa enfermedad supuestamente anímica, como el amor, para acabar demostrando, como él en relación con la melancolía, que dicho *patos* es absolutamente fisiológico.

Así, si nos retrotraemos a la teoría hipocrática humoral de nuestro cuerpo, según la cual, nuestros cuatro humores, la sangre, la flema, la cólera y la melancolía, son las partes contenidas de nuestro ser. Mientras estas partes se mantengan en equilibrio y retenidas por las partes continentes, nuestro cuerpo estará sano. Cuando uno de estos humores sufra una alteración por defecto o por exceso, nuestro cuerpo se pondrá enfermo. La melancolía es un exceso de bilis negra, de humor negro también denominado melancolía. El amor, enfermedad más compleja, tiene como síntomas, alteraciones de todos y cada uno de estos humores.

Si la edad más proclive al enamoramiento es la adolescencia, no es por casualidad. Si bien el cuerpo humano tiende a un saludable equilibrio de los humores, estos tienen sus edades de prioridad, según un sistema tetralógico de entendimiento del universo. A los cuatro elementos constituyentes del universo y la materia, se corresponderían cuatro estaciones del año, cuatro humores en el cuerpo humano y cuatro edades del hombre. A la adolescencia (cuando el niño no puede considerarse ser humano en su finitud) le corresponde el fuego, la primavera y la sangre. El temperamento del joven es por excelencia sanguíneo. *La sangre*, dice Burton (1997, p. 148),

¹ Reed. en castellano: Robert Burton, *Anatomía de la melancolía*, Madrid, Asociación española de Neuropsiquiatría, 1997.

es un humor cálido, dulce, templado y rojo... y de ella se crean los espíritus en el corazón.

Así que el enamorado, joven y por lo tanto sanguíneo o menos joven pero repentinamente sanguíneo, siente ese exceso de sangre correr por sus arterias, subir a la cabeza y llegar al corazón, notando una aceleración de sus latidos. Ese es el primer doble *síntoma* del enamoramiento: el enrojecimiento y el ritmo cardiaco acelerado.

La *pituita* o *flema*, explica Burton retomando a Hipócrates, es un humor frío y húmedo, creado en las partes más frías, en el hígado. Su oficio, continúa, es alimentar y humedecer los miembros del cuerpo que, como la lengua, se mueven, para que no estén demasiado secos. Si la sangre en exceso provoca el enrojecimiento del enamorado y la escucha de las propias palpitaciones, el defecto de pituita, otro de los efectos del enamoramiento, provoca sequedad de la lengua, con el consiguiente y alarmante enmudecimiento, que no es sino el segundo síntoma que afecta al enamorado.

La cólera o bilis amarilla, prosigue Burton, es caliente y seca, amarga... Ayuda al calor natural y sirve para la expulsión de los excrementos. El desarreglo de la bilis amarilla, que el enamorado conoce tanto por exceso como por defecto, produce cólicos y estreñimientos, que son el tercer síntoma del amor.

La melancolía o bilis negra conoce un aumento espectacular en el enamorado. De ahí su a-sociabilidad, su necesidad de aislamiento, sus frecuentes suspiros... Ya que la melancolía, fría y seca, espesa, negra y amarga, según puntualiza Burton, asciende desde el bazo, donde se produce, hasta el cerebro, generando pensamientos negros. La melancolía, efecto del exceso del humor del mismo nombre, es el cuarto síntoma de quien ha sido alcanzado por las flechas del dios ciego.

A estos cuatro humores, finaliza Burton, se puede añadir el suero —que es la materia de la orina y los humores excrementosos—, el sudor y las lágrimas. Ni que decir tiene que el enamorado controlará aún menos su vejiga que su exfínter, las lágrimas serán su atributo cuasi permanente, y el sudor frío, así como las manos húmedas, el disfuncionamiento secretor que le caracteriza. Incontinencia urinaria, lacrimal, sudorípara son el quinto síntoma fisiológico del cuerpo enamorado.

Tal disfuncionamiento corporal conlleva lo que será el último de los síntomas fisiológicos del amor, a saber, que la revolución humoral conduce necesariamente a una alteración del instinto de conservación. Así que el enamorado deja de comer, de beber, de dormir, con la consiguiente pérdida de peso y en general de salud (subrayo la oposición a ese cuerpo saludable del que hace gala el sujeto seguidor de la *bodymania* que domina en nuestros días).

El cuerpo enamorado es, en suma, retomando la feliz expresión de Anne Deneys-Tunney,² *una superficie perfectamente legible* (1992, p. 32).

Podría objetarse a mi planteamiento que hasta ahora nos hemos limitado a constatar la existencia de un cuerpo pasivo que «sufre» en sus propias carnes los efectos nocivos cuando no nefastos del enamoramiento. Y que ello no sirve sino para dar la razón a quienes separan una sexualidad sana y libre, del amor, a favor de la primera y en detrimento del segundo.

Pero la reacción del cuerpo enamorado no se hace esperar. Los enamorados son gente hermosa, independientemente de tamaños, colores y formas. Sus ojos brillan, sus labios sonríen, hay en ellos un no-sé-qué de dulzura y ternura que hace que animales, niños, extraños se acerquen a ellos en toda confianza. Knigge, un alemán del siglo XVIII que publica en 1788 un tratado sobre *El Comercio con los hombres*, y del que hablé en un artículo que publiqué en *Asparkia*, aborda con amplitud el tema de cómo comportarse ante unos enamorados. Los trata de seres *inhábiles para vivir en sociedad pues cualquiera que no sea su ídolo está muerto para ellos*, y la razón es que son seres tan dichosos, tan dulces, tan tiernos, cuyo corazón se ha hecho tan grande, que nunca niegan un préstamo de dinero a un amigo.³

Pero no sólo el enamorado es más hermoso por esa aureola que le confiere el Amor. El cuerpo enamorado ha de estar bello para el objeto de su amor. Y todo esfuerzo por embellecerse le parece insuficiente al enamorado. Pero se trata de un esfuerzo que nada tiene que ver con la *bodymanía*.

El enamorado trabaja la voz, los gestos, los andares, la forma de hablar, de reírse, de actuar, en función del cuerpo del objeto amado, con el que se adopta una actitud casi camaleónica. En ello, se parece al seductor del siglo XVIII, a Valmont, que elegía a una víctima y se construía un personaje *corpórea, caracterial y espiritualmente en consonancia total con el de la persona a la que quería seducir, y que acababa subyugada (todo lo contrario del bodimano, que se construye una imagen según unas normas estereotipadas para gustar a toda la sociedad)*.

El enamorado es feliz imaginando maquillajes, peinados, atuendos con los que agradar, y aún más que agradar, sorprender a quien se ama. Se escuchan sus palabras, se estudian sus gestos, se analizan sus miradas para adivinar sus colores preferidos, los tejidos y materiales que más le gustan, los estilos que le son más acordes... Y con todo ello, se construye el enamorado un cuerpo digno de la admiración del otro (también en esto el

² Anne Deneys-Tunney, *Écritures du corps. De Descartes à Laclos*, París, PUF, 1992.

³ Adolphe de Knigge, *Über den Umgang mit Menschen*, 1788, trad. al francés por B. Hebert, *Du commerce des hommes*, préf., A. Montandon, Toulouse, PUToulouse-Le Mirail, 1992.

cuerpo enamorado diverge fundamentalmente del cuerpo sexi. El cuerpo sexi ha de ser deseable por todos, mientras que el secreto del cuerpo enamorado, y el enamorado lo sabe, es ser único, distinguirse de todos los demás, para justificar así la elección de que ha sido objeto).

No he utilizado la palabra *admiración* por casualidad. Frente al tópico del deseo que encontramos en el planteamiento de los tratados de sexualidad, prefiero utilizar esta palabra. «Sentimiento, –dice el diccionario Littré, mi preferido–, excitado por lo bello, maravilloso, sublime». Para mí, concepto sinónimo del auténtico deseo. Me explico, y esta vez acompañada de la mano de Michel Onfray y su *Teoría del cuerpo enamorado*.⁴ Frente a la teoría platónica del hermafroditismo primigenio, y en consecuencia del deseo como síntoma de una ausencia, de un hueco que rellenar, frente al *fantasma idealista de la carencia* (Michel Onfray, 2000, p. 93), el deseo amoroso es todo lo contrario. Es un deseo fruto de una energía ígnea, volcánica,⁵ es deseo de *exceso, consumo, desgaste*. Un deseo de un ser único, no porque faltara sino porque se ha encontrado. Deseo que crecerá a medida que se satisfaga, frente al deseo *bodimano* o platónico, que se desvanecen una vez colmados.

Por fin, en este trabajo de *escultura de sí*, recuperando el título de otro ensayo de Michel Onfray a propósito de la individualidad,⁶ llegamos a lo que es el proceso fundamental de puesta de relieve de la corporeidad del Amor, y que consiste en el despertar progresivo del enamorado a los cinco sentidos, a la sensualidad. Y del sexto, reunión de los anteriores, característico del ser humano, igual de material y corpóreo que los anteriores, el sentido genésico o amoroso.

El amor se ve frenado, estoy convencida de ello, por una insensibilidad creciente en nuestras sociedades cada vez menos civilizadas. Si los jóvenes de hoy son reticentes a enamorarse es, y perdón por la familiaridad de la expresión, porque no saben lo que se pierden.

Aunque suene a tópico, y lejos de añoranzas propias de una madurez amargada y nostálgica, no tenemos más remedio que constatar que nuestros jóvenes carecen de curiosidad estética visual y sus paseos por países o museos (suelen agruparse) no deja de ser eso, un paseo para hacer un trabajo solicitado por algún enseñante o para decir que se ha estado; que su interés por la música, por otra parte pasajero en general, se corresponde más con unas letras cuyos contenidos comparten (la moda del *rap* es prueba de

4 Michel Onfray, *Théorie du corps amoureux. Pour une érotique solaire*, Paris, Grasset, 2000.

5 Michel Onfray, *Le désir d'être un volcan, journal hédoniste*, Paris Grasset, vols. I y II, 1996 y 1998.

6 Michel Onfray, *La Sculpture de soi, la morale esthétique*, Paris, Grasset, 1993.

ello) que con un gusto por composiciones armónicas; que comen comida basura y beben bebidas basura; que su inquietud olfativa es nula (sólo aspiran a no oler a nada y a no oler nada), desconociendo fragancias no ya fruto de la alquimia humana, sino las más básicas exhaladas por una naturaleza que les rodea sin que ellos la vean; que su sensibilidad a la suavidad, a la calidez, a la frescura, a lo mullido, cualidades todas táctiles, han desaparecido en beneficio de otras tales como la comodidad (próxima de la dejadez: el chándal, cómo de llevar, de lavar y de secar, sería un ejemplo prototípico).

Y sin embargo, como una pescadilla que se mordiera la cola, el amor viene con la sensualidad (y no olvidemos que nada hay más corpóreo que los cinco sentidos) y ésta va despertando gracias al amor. Ese gusto por lo bello, por lo sublime que es el amor nos lleva a desear estar más guapos para el otro, pero también, como en una especie de movimiento simpático natural, a estar más en consonancia con la naturaleza y con nuestra naturaleza. Y es como si nos quitaran una venda de los ojos. Por fin vemos las bellezas que tenía escondidas la naturaleza, como, y por decir un tópico que tampoco deja de ser verdad, una sublime puesta de sol tras una montaña o en un horizonte marítimo. Empiezan a gustarnos las conversaciones sobre Velázquez y Goya o Dalí y Picasso. Nos mostramos impacientes por conocer el Guggenheim de Bilbao e ir a ver las maravillas construidas por Gehry y los tesoros que encierran. Descubrimos las fugas de Bach, que lo único del Don Juan de Mozart no son sus palabras sino la música que lo configura, empezamos a oír a los pájaros que cantan y nos damos cuenta de que no todos cantan igual y de que ellos sí están a la escucha de todos nosotros. Olemos a tantas cosas en la naturaleza que alcanzamos el estado de embriaguez casi al salir a la calle o al abrir una ventana (aunque sea en Madrid o Barcelona, se lo prometo), apreciamos los olores corporales de los demás, que nos servirán de identificadores de los individuos, porque hay tantos olores como personas en este planeta. Seguiremos con la nariz el *fumet* de un buen plato que se escapa de un restaurante y al que no podremos resistirnos a entrar, saborearemos unos platos finos y delicados que hasta entonces nos parecían caros, extraños, diferentes de los de nuestra madre Tele-Pizza y por lo tanto inexistentes, nuestro apetito estará tan despierto que nos gustará probar platos nuevos, exóticos, nunca vistos ni conocidos. Cubriremos nuestro cuerpo y nuestros enseres con gasas, sedas, linos, terciopelos, lanas y nos sorprenderemos en un gesto automático que nuestro cuerpo ha adquirido desde que el hombre es hombre, tocando, manoseando esos tejidos, primero con la mirada, que se queda como clavada, con las manos después, que son capaces de quedarse horas y horas repitiendo una caricia, como al pelo de un perro o de un gato (yo me acaricio con mi gato a la vez que le acaricio).

Porque la belleza ha de ser compartida. Si deseamos (en el sentido materialista de la palabra) ver algo hermoso, oír una bella sinfonía, o un grandioso disco de rock, si compramos unas flores, si nos quedamos contemplando una casa modernista o las entradas del metro de Bilbao (los fosteritos), si pedimos un plato exótico en un restaurante sin saber ni siquiera lo que van a traernos, es porque vamos a compartirlo con alguien, con esa persona de la que nos hemos enamorado, y que queremos que siga admirándonos.

Así que nuestro cuerpo enamorado se abre a todas las sensaciones, y es más cuerpo que nunca. Mejor dicho, es, por fin, materia, cuerpo.

Pero un cuerpo no podría ser cuerpo enamorado si no conociera, experimentara, sintiera, el sexto sentido, el sentido genésico, el sentido del amor. Julio César Escalígero, médico y humanista italiano del Renacimiento, definió la *venerea voluptas* como un placer sentido por unos órganos especiales para ello, los genésicos, adaptados para captar un sentido, el sexto, que sería una acumulación de los anteriores y algo más. Brillat-Savarin, no por casualidad, el gran teórico de la gastronomía, heredero del refinado paladar dieciochesco, insiste en que en ese sentido reside la superioridad del ser humano por oposición al animal. El hombre, rey de la creación, ha sabido superar el instinto de procreación, alcanzando un apetito de placer, un deseo de placer que se opone al deseo de colmar una necesidad propio del resto de los seres vivos que pueblan la tierra.

¿Qué tiene que ver la práctica de ese sentido genésico con el *acto sexual* en libertad (palabra tan fea como las usadas coloquialmente como sinónimos y sucedáneos) que tanto hemos reivindicado en los años setenta? Pues he de decir que ese trabajo de alteración del cuerpo con el objetivo de ser sexualmente aceptable para entrar en el *ranking* de los guapos, de los deseables en caso de carencia no es sino un trabajo de alienación absolutamente contrario al camino del despertar sensual que acabamos de recorrer.

Que todo resultado de dicho trabajo de alienación no puede sino ser la culminación de dicha alienación. De tal forma que pienso sinceramente que colaborar a la uniformización mundial de los cuerpos, para que los blancos sean menos blancos, los negros o mates cada vez más blancos, los morenos cada vez más rubios, los rubios cada vez más rubios, los bajos cada vez más altos, los altos cada vez más altos, los de ojos marrones de mirada cada vez más verdiazul, etc., contribuir a tal desaparición del individuo a favor del estereotipo es el triunfo de una sexualidad tan libre, si se quiere, pero tan aséptica, tan a-sensuada que no es de extrañar que no les cueste ni lo más mínimo a los jóvenes del primer mundo aceptar medido de abstinencia frente a amenazas tales como el SIDA o la hepatitis C. ¿Cómo arriesgar nada por un multiorgasmo conseguido siguiendo paso a paso los consejos detallados de la sexóloga de *Marie-Claire*, con no-se-sabe-quiénn?

Que se me entienda bien. Me cuento entre quienes añoran, ahora sí, aquellos meses de 1968 en los que se vivieron experiencias amorosas jubilatorias, solares, multiplicando los *partenaires* de manera más o menos caprichosa. Pero detrás de aquella multiplicidad de uniones había una energía, una elección, un deseo, una sensualidad, un afecto, un libertinaje bien entendido, en definitiva.

Como para el libertino, para el enamorado el contacto físico con el objeto amoroso es fundamental. Sin él, el amor no existe. *El cuerpo es una gran razón*, como decía Nietzsche, es *la* razón, cuando se trata del cuerpo del otro. Después de reivindicar el amor como ejercicio de una sensualidad toda corpórea, como apertura de nuestro propio cuerpo a todos los sentidos, queda la reciprocidad, sin la que el amor no es amor.

Una vez *sentido* nuestro propio cuerpo, deseamos aprehender el otro cuerpo, el cuerpo enamorado. Entre el cuerpo enamorado y el cuerpo amoroso se establece una interrelación sensual, un intercambio gradual de sensaciones que culminan en actos táctiles y gustativos (son los sentidos más cercanos al sexto sentido según Brillat-Savarin), como la caricia y el beso que son metonimia de un encuentro entre dos amantes y amados dentro de una perfecta reciprocidad, que Swedenborg no dudó en calificar como momento de felicidad suprema.⁷

Hablaré pues de la caricia. Como dice Denis Prost,⁸ «toda caricia es una caricia de la alteridad, incluso si el individuo se acaricia a sí mismo».

Baudelaire quería estar fuera del mundo, fuera de su cuerpo, así que desaparecía en los brazos, en el cuerpo de una mujer. La caricia es lo que nos permite escapar de los límites de nuestro cuerpo, lo que nos produce la ilusión del alma. Nietzsche decía en *Así hablaba Zaratustra* que «alma» es una palabra para designar algo que también es cuerpo. Así que la caricia podría ser el alma.

La caricia es esencialmente humana o al menos propia de los homínidos en general. Dicen que si los perros se ponen de pie para echar las patas al cuello aquel a quien quieren demostrar su afecto, es porque han visto a los hombres hacer lo mismo. Mis gatos duermen entrelazados, pasándose las patas delanteras alrededor del cuello. Parece que sólo los gatos domésticos, acostumbrados a los ademanes de los humanos, adoptan esas posturas. Yo tengo mi particular teoría sobre la evolución de la especie humana. El hombre se irguió, se hizo bípedo para poder acariciar, para poder abrazar.

⁷ Swedenborg, sabio sueco bien conocido en la Europa del siglo XVIII, teorizó sobre el amor libre y libertario, y sus textos han sido reeditados en francés en: Swedenborg, *des charmes de l'amour conjugal*, París, Slatkine, 1995.

⁸ Denis Prost, «Phénoménologie de la caresse» en *Analyses et réflexions sur Le Corps*, vol. 1, Ellipses, París, éds. Marketing, pp. 29 a 33.

La caricia es un «cuerpo a cuerpo». Los indios, cuando vieron llegar a los españoles a sus tierras americanas, pensaron, al verlos a caballo, que eran seres superiores conformados a la manera de los centauros. Así sucede con dos cuerpos que se acarician. Imposible saber dónde empieza uno y dónde termina el otro. Las pieles se hacen carnes y las carnes se funden. ¿Quién no ha sentido nunca que, a través de una caricia, entraba en el corazón del otro, en sus pensamientos, en sus sensaciones, en sus sentimientos? Sólo quien por desgracia nunca se ha enamorado. Nunca el lenguaje es tan humillado como en el momento de la caricia. ¡Qué inútiles las palabras, el verbo, al lado de la expresión/comprensión que se logra a través de la caricia! Si susurramos cuando acariciamos/nos acarician, es sólo música carente de sentido, pura sensualidad, es el lenguaje del alma, poesía más allá de toda lógica lingüística.

La danza, el baile, esa gran caricia, es el mejor ejemplo para mostrar cómo, sin mediar palabras, dos cuerpos se sincronizan, se mueven como si fueran uno, en un momento de la desaparición del otro por la absorción de la alteridad. Y no por su rechazo, y no por su aniquilación. La caricia es todo lo contrario de la xenofobia, es aceptación del otro hasta su absorción. No en vano, las metáforas amorosas alimentarias, donde el cuerpo del amado es devorado por el enamorado, son ancestrales en nuestras civilizaciones árabe y latina. Las partes más acariciadas de nuestros cuerpos han sido, de siempre, bautizadas con nombres de frutas y en general los cuerpos enamorados están «para comérselos».⁹

Sin pretender hacer una tipología de las caricias, porque las caricias son tan infinitas como el cuerpo enamorado, sí querría dar algún ejemplo de caricias muy diferentes las unas de las otras, para ir haciendo boca. Se puede¹⁰ rozar una piel. Tocarla apenas, como quien acaricia una flor sin querer estropearla (en francés se dice *effleurer*), como si estuviéramos quemándonos. Y sentir un cosquilleo y cómo se nos pone la piel de gallina por todo el cuerpo. Dibujando con el dedo del corazón tatuajes imaginarios en la piel del otro. Nabokov en sus amores adolescentes (*Ada o el ardor*, *Lolita*) ha sido un gran maestro del roce imperceptible de una nuca, del estremecimiento que esa mano apenas material produce en la piel, en el cuerpo entero del que la siente penetrar por su cuello hasta lo más profundo de sus entrañas. George Sand, en *Valentine*, introduce una mano autónoma rozando las olas rudas y negras de la cabellera de un cuerpo inmóvil, hechizado por la fuerza de la imperceptible caricia. *La Gran Odalisca* de Ingres exhibe su hermoso

⁹ Véase Jacques Jouet, *Les mots du Corps*, París, Larousse, 1990.

¹⁰ Véase Marianne Chouchan, *Le livre de la douceur de vivre*, París, Éditions 1, 2001, p. 139 a 147.

cuerpo a la vez que luce en la mano un abanico hecho de plumas de cola de pavo real, invitación al roce, roce de pluma, goce supremo. ¿Cómo no pensar en *Leda y el cisne*? Un cisne enamorado, sublime metaforización del roce como metonimia de la unión de los cuerpos enamorados.

Una de las caricias más sencillas y al mismo tiempo más intensas es la unión de dos manos. Aunque tengamos malos recuerdos de la expresión «hacer manitas», creo que traduce muy bien lo que es esa caricia, así como su importancia para los enamorados. Es el símbolo de la reciprocidad de la caricia. Acariciamos la mano que nos acaricia que a su vez está acariciando la nuestra. ¿Se han dado cuenta de que pasear cogidos de la mano es cosa de jóvenes? Las parejas, a partir de cierta edad, incluso de cierta ceremonia, se pasean del brazo. En general, ella cogida del brazo de él que lo ofrece galantemente. Símbolo de sumisión de la mujer a un esposo protector. Una relación que poco tiene que ver con el amor que simbolizan las manos entrelazadas. ¿Y se han fijado que esos enamorados no se sueltan nunca de la mano? Corren agarrados a coger un autobús que se escapa, a cruzar un semáforo repentinamente en ámbar, uno de los dos se tropieza, desequilibra al otro, pero siempre, siempre, cogidos de la mano... Chateaubriand, en *Atala*, hace de la unión de las manos de los enamorados, la entrada al mundo de la ensoñación, de la poesía amorosa: *Cogí su mano en mi mano, cuenta él, y forcé a aquella gacela alterada a errar conmigo por el bosque. La noche era deliciosa. El genio de los aires sacudía su cabellera azul, impregnada de olor a pino, y se respiraba el débil olor de ámbar que exhalaban los cocodrilos recostados bajo los tamarindos de los ríos.* Todas las maneras de tomarse las manos aparecen expuestas en *El embarque para la isla de Citerea* de Watteau, pintor galante del siglo XVIII, conocedor de los estudios de rostros y manos de Le Brun, que hace una exhibición de dibujo a la manera de Rembradt, pero de dibujo amoroso con todas sus variantes, y con la mano como elemento clave. Las parejas de enamorados pasean, se cogen, parecen danzar, se unen por dos manos inseparables, tan inseparables que bien sabido es que a veces ha habido que enterrar juntos a los amantes, que hasta después de la muerte habían permanecido con las manos unidas.

El abrazo es la caricia más absorbente, la caricia en la que quien abre los brazos abre su cuerpo para recibir el cuerpo del otro, tras el cual vuelve a cerrar los brazos, y su cuerpo, con el del otro ya en su interior. El abrazo es metáfora de fusión hasta tal punto que hablamos del abrazo de la muerte cuando nuestro cuerpo deja de vivir. ¿No sería el *rigor mortis* otra cosa que el estremecimiento eterno que nos ha producido ese abrazo? Así lo evocan muchas *Vanitas* de la pintura barroca española. Quizá los abrazos más her-

mosos de la pintura sean los de Klimt, el pintor del amor, del abrazo y del beso. Abrazos de fusión no sólo de cuerpos sino de colores y formas. Hay abrazos tan intensos que matan. ¿Quién no ha querido estrechar lo más posible el cuerpo del objeto de nuestro amor, hasta romperle los huesos? No es violencia doméstica lo que evoco aquí, no se sobresalten, es esa necesidad del enamorado de reducir al otro a algo que pueda ser absorbido, ingerido, digerido. El abrazo del oso es un abrazo letal que se usa en la lucha tradicional rusa. Porque es una forma de absorber la energía y la fuerza del enemigo. Pero no quiero que le tengan miedo al abrazo, momento en que, como dice Flaubert (*Madame Bovary*), *reminiscencias y sueños se confunden en la dulzura del éxtasis*. El gran Casanova (*Historia de mi vida*), hombre que siempre buscó para sus aventuras amorosas mujeres que fueran sus iguales, comía y bebía con ellas y las abrazaba y se abrazaba a ellas en un momento amoroso donde los dos *partenaires* se mostraban igual de deseosos e igual de activos.

No obstante, la caricia superior a todas las demás es, sin lugar a dudas, el beso.¹¹ *El mundo vibrará como una inmensa lira en el estremecimiento de un inmenso beso*, exclama Rimbaud. *El único lenguaje auténtico y universal en este mundo*, dice Musset, es el beso.

Una vez el beso es único, el primero, el beso de la adolescencia, el que nos sorprende, el que no buscamos porque viene él a nosotros. Nos besan, besamos... es difícil saber quién empezó: *Rocé su mejilla con la boca; y de repente mis labios se encontraron los suyos*, apunta Maupassant (*Cuentos de la Becada*).

Luego se suceden, no sabemos muy bien cómo: *Los besos son como las confidencias: se atraen, se aceleran, se animan unos a otros. Y así fue, todavía no habían acabado de darse el primero cuando se dieron otro, y otro más: se apresuraban, cortaban la conversación, la sustituían*. Así describe el joven seducido por Madame de T*** en el cuento libertino *No hay mañana*, de Vivant Denon, sus primeros besos en silencio, un silencio que *lo espantó*. Tal es el vértigo de la mayor caricia. Cuando besamos, acariciamos con los labios, pero también degustamos, chupamos, mordemos. El mordisco, primer tatuaje amoroso en el cuerpo amado. Cuando te muerdo, *cuando muerdo tus cabellos elásticos, me parece que te estoy comiendo*, reza Baudelaire en *El Spleen de París*. Lleno de humor, Ronsard (*Los Amores*) quiere convertirse en pulga por el día para, escondida en los senos de su amada, ir mordiéndole los pezones, hasta que llegue la noche para convertirse en hombre.

¹¹ Véase Martine Mairal, *Le livre du baiser*, París, Éditions 1, 2001.

Así como las manos entrelazadas mezclan sus dedos intercambiados, las bocas sustituyen sus lenguas por las de los otros, en la más hermosa metonimia amorosa que nos haya facilitado el *Arte de Amar* desde que el hombre es cuerpo enamorado. Klimt, el pintor del beso, Doisneau, su fotógrafo, el cine, recreador del beso infinito (*¡Qué bueno, dice Lauren Bacall a Humphrey Bogart en El Puerto de la angustia, volvamos a empezar!*), ... *Dos funciones divinas distinguen la copulación humana de la animal, la caricia y el beso*, sentencia como siempre acertadamente Pierre Loüys en *Afrodita*.

Tantos y tantos ejemplos de inmortalización por el arte de estos dos momentos supremos del amor humano, al servicio de una sensualidad libre, de un sentimiento libertario y hecho de *partenaires* guiados por el deseo.

En definitiva, y por concluir sintéticamente, diré que me gustaría haberles convencido de que el aliado de la pareja social y convencionalmente establecida no es el amor, que quieren presentarnos como un sentimiento caduco. Lo es una sexualidad estereotipada por falsos liberadores, globalizada e uniformada, reducida a la expresión más animal (y ni siquiera), menos creativa y menos poética que nunca hemos conocido hasta hoy. El amor, al contrario, es pulsión de vida, energía, entrega, exceso, hermandad y, como lo reivindicaron los auténticos liberadores del amor (Alexandrian cita a Rétif de la Bretonne, Nerciat, Sade, Fourier, Breton entre otros), una hermosa *locura* que hoy más que nunca hay que reivindicar.